

Entrevista

ENTRE VIOLENCIA Y RESISTENCIA EN LA OBRA DE SARA ROSENBERG: UNA ENTREVISTA

Marie Rosier*

NOTA DEL AUTOR

Sara Rosenberg es escritora, dramaturga y artista plástica argentina. Nace en Tucumán en 1954. Es encarcelada durante el Gobierno de Roberto Levingston, a los dieciséis años, por su militancia, y pasa más de tres años en diferentes cárceles del país. En la actualidad, vive en Madrid. Su primera novela, *Un hilo rojo* (finalista del premio Tigre Juan), trata de la militancia y desaparición de Julia, una joven revolucionaria. Su traducción al francés se publica en octubre 2012. Escribe luego *Cuaderno de invierno*, *La edad del barro*, *La isla celeste* (una novela infantil) y *Contraluz*. También se dedica a la escritura de obras de teatro como *El tripalio*, *balada para una mujer* y un *diccionario*, que recibe el premio de la «Escritura de la diferencia», en Nápoles en 2006, y *Esto no es una caja de Pandora*, cuya lectura dramatizada se estrenó en Madrid en 2011. Sus primeros escritos se relacionan con la violencia del terrorismo de estado argentino de los años 1970-1980, y su obra entera se caracteriza por resistir a varias formas de violencia generadas por el poder. Podríamos calificar su escritura de política y poética, en el sentido en que Sara Rosenberg es una escritora militante muy creativa.

—*Muchos críticos se dedican, con sumo interés, al tema de la violencia y sus representaciones en las artes. ¿Qué me puede decir de la violencia en sus obras?*

—Creo que la violencia se cruza siempre con muchas otras cosas. Es la cara oscura —u oculta— del amor, de la necesidad y, quizás también, de todo nacimiento. La naturaleza es violenta, pero es económica, casi lógica. Sin embargo, en nuestro mundo, son las relaciones sociales las que fundan la violencia. Quiero decir que vivo en un mundo de explotadores y explotados donde no se puede obviar el tipo de relaciones humanas que la injusticia —y la lucha de clases— genera.

Allá lejos y hace tiempo, alguien dijo que la violencia es la partera de la Historia. Y ese movimiento siempre me ha conmovido porque es parte de la vida misma.

* Profesora y doctoranda en Español en la Universidad Lumière Lyon II (Francia). Correo electrónico: ma.rosier@orange.fr.

Gramma, XXIV, 51 (2013), pp. 197-201.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0153.

Violencia es que millones mueran de hambre en el mundo, mientras los alimentos se cotizan en bolsa para llenar los bolsillos de los especuladores. Violencia es la actuación del capital financiero-militar, que bombardea poblaciones civiles para saquear y destruir en una constante política guerrera que solo beneficia a unos pocos, a ese macabro uno por ciento. ¿Cómo escribir sin tener presente esto? ¿Cómo escribir —o vivir— si omito mi responsabilidad personal? ¿Acaso la escritura no es también y siempre la construcción de un punto de vista y, por lo tanto, una elección? Creo que las palabras nunca pueden ser neutrales. Como decía Carroll, «tienen dueño».

—Es cierto que todas las expresiones artísticas se interesan en la representación de la violencia, ¿cuál es la especificidad de la Literatura, del Cine o de las Artes Plásticas en cuanto a la representación de la violencia política?

—Los lenguajes —las artes— son vasos comunicantes. La poesía es visual, trabaja con imágenes; un *collage* de Josep Renau, de Hannah Höch, de George Grosz, de John Heartfield puede ser literario.

El buen cine —pienso ahora en Chaplin— o una obra de teatro de Brecht son, además de cine y teatro, poesía, música, pintura, y muchas cosas más. Rompen límites, se funden en todas las artes y las sintetizan de otra forma.

Me gusta cuando Cortázar habla de «la ética de la transgresión creadora». Yo no trato de representar, trato de preguntarme constantemente por otras formas de hacer y de pensar. Creo que es la única especificidad: cuestionar las marcas, los límites, los modos que el mercado de la «cultura» impone. El Arte es un proceso, no un producto.

—Su obra literaria es amplia y variada: escribe novelas, obras de teatro, libros para niños, y nos parece que la representación de las violencias atraviesa todos sus textos. ¿Está de acuerdo si decimos que el terrorismo de estado que encontramos representado en *Un hilo rojo*, su primera novela, se convierte en otros tipos de violencia en toda su obra ulterior, como, por ejemplo, la violencia capitalista, la del hospital psiquiátrico y del encierro, la de género...?

—Claro, la violencia en que se funda la sociedad capitalista penetra todos esos aspectos: la vida cotidiana, el amor, la relación familiar, el orden legal, el orden psiquiátrico, las formas de ver y de interpretar. Hacerla evidente a través de la escritura, tal vez, ayuda a no naturalizarla, a no aceptarla como si fuera la única forma posible de vida.

Tenemos mucho por hacer y pocas cosas que perder. Estoy convencida de que depende de nosotros transformar la sociedad que hemos heredado. Y también ser capaces de dudar profundamente de lo instituido es una forma de salud.

La violencia del Estado capitalista es muy clara; el Estado es una institución que fue creada en su momento para proteger las propiedades de una clase frente a la emergencia de otra clase mayoritaria: los trabajadores, los desposeídos de los medios de producción. Ese Estado que protege a las minorías es un instrumento de control y domesticación que dicta las leyes, paga a las policías y al Ejército, margina y encierra a quienes se oponen o no son aptos para ser explotados (locos, viejos, etc.), controla la sexualidad a través de leyes religiosas o laicas,

pero sobre todo, margina y reprime. Es su función, yo solo observo y doy cuenta en singular de esta forma de sociedad en la que vivo.

En *Un hilo rojo*, la acción sucede en un tiempo de dictadura, en el que el Estado ejercita terror de manera desembozada.

Se podría decir que se quita la máscara y justifica lo injustificable; de allí, la figura del desaparecido, una palabra que es antigua, se usó en la *Shoá* y se usó, después, cuando se funda el Estado de Israel para hablar de los palestinos. La no existencia del otro es la máxima violencia. Es el fascismo.

En *Contraluz*, me interesaba tratar la pervivencia de la violencia estatal dentro de una sociedad aparentemente democrática. La institución psiquiátrica, la persecución, la policía secreta, las falsas identidades perpetúan el control del ciudadano tanto o más —por lo invisible— que en épocas dictatoriales.

—Los fenómenos de violencia son multifacéticos y se observan en todas partes y, en *Contraluz*, no solo hace referencia a la Argentina, sino también a España y sus contradicciones ¿A qué se refiere en esta novela?

—La violencia de la que hablo en *Contraluz* cruza desde el ámbito familiar a la calle. Por supuesto que está presente y de manera brutal en las «sociedades occidentales democráticas». Me refiero a España, donde ni siquiera hemos podido juzgar todavía los crímenes del franquismo y donde la monarquía —entre muchas otras cosas—, que el franquismo impuso, goza de buena salud.

Como dije antes, la violencia se ejerce en todas partes, porque es producto de un robo sistemático de los derechos humanos.

—A la hora de los juicios en Argentina y de la voluntad del Gobierno argentino de «hacer memoria» de la Dictadura, ¿le parece lícito decir que *Un hilo rojo* y *Contraluz* son novelas que entablan un diálogo a propósito de la impunidad de los militares?

—Me parece bien. Me alegra mucho que, en Argentina, se haya podido juzgar y condenar a los militares. Es un gran paso adelante. Sin embargo, todavía hay un largo camino para juzgar a los poderes civiles (la oligarquía y sus instituciones, los bancos, los jueces, la Iglesia, las grandes empresas, los grandes terratenientes, etc.) que, en su momento, dirigieron y apoyaron la masacre. Esas fuerzas están ahí y tienen un gran poder porque tienen el poder económico. Por eso ambas novelas están situadas en contextos temporales distintos. Los setenta y los noventa, cuando el neoliberalismo que siguió a la dictadura militar continuó con la misma política de hambre y miseria para las mayorías. No podemos olvidar que el golpe militar fue parte de un proyecto de entrega sistemática de nuestras riquezas y nuestra soberanía al imperio estadounidense y europeo. Todavía estamos pagando las consecuencias y tratando de cambiar esa situación.

—La resistencia está muy presente en sus obras: su resistencia a la *Historia Oficial*, a la teoría de los dos demonios; la de los protagonistas ante el poder represivo... ¿Quiere denunciar algo, hacer memoria? ¿Proponer su propia visión de los hechos?

—La escritura, como cada acción cotidiana, refleja una visión del mundo. Habitualmente, se dice «cada escritor es un mundo», y ese mundo se elige o nos elige.

La resistencia, para mí, es una forma de salud y una alegría. Y ya que estoy citando, hace poco escribí una Antígona, que repite siempre, en sus momentos más desesperados, una frase popular: «Solo los peces muertos siguen la corriente».

—En otras entrevistas, dice que prefiere escribir ficción y que sus novelas no son autobiográficas. ¿Podría hablarme en este sentido de *Un hilo rojo*, *El tripalio* y *Contraluz*?

—En todo texto, hay autobiografía. Escribo desde mi experiencia. Lo que vivo, leo o creo saber. Tal vez, las mujeres de mis libros y obras de teatro coinciden en que no son víctimas-victimizadas ni potables para ser victimizadas. Son activas, a pesar de que muchas viven en situaciones límites. Julia, de *Un hilo rojo*, nunca se arrepiente de haber luchado, ni después de muerta; la acción transcurre después de su muerte.

Mayte, de *Tripalio*, aprende, a través de muchas idas y venidas en clave de comedia, que lo importante es aprender a decir «no». Y Griselda, de *Contraluz*, no acepta verdades institucionales y, a pesar de su fragilidad, se opone a ellas.

—En un texto suyo en ocasión de la Feria del Libro de La Habana, en 2007, escribe a propósito de Julia: «Ninguno de los personajes que hablan de ella es un militante. Ella lo era. Y en ningún caso, quise situar al personaje en el lugar de la víctima, sino de alguien que creía en lo que estaba haciendo, luchaba, y dudaba». Entonces ¿es *Un hilo rojo* una novela de la militancia?

—Yo no diría eso. No sé lo que es una novela militante. No es testimonio, es novela, aunque utilice a veces la forma testimonial. No todos los desaparecidos eran militantes, pero yo elegí que mi personaje sí lo fuera.

—¿Me podría hablar de su propia militancia durante los años setenta. ¿Y la de ahora? ¿Militar es resistir?

—Yo no tuve una gran militancia, porque al poco tiempo de empezar a formarme, me apresaron. Estuve presa tres años y medio, pude estudiar y leer mucho, me exilié después, y esa larga historia. Sin embargo, sigo convencida de que hay que cambiar este mundo injusto y sigo creyendo que hay otras formas de relaciones sociales más humanas. En eso y para eso, milito siempre. Soy antiimperialista, si decir esto sirve de algo.

—Se suele observar que los escritores que vivieron una experiencia traumática, como la suya, no vuelven a escribir inmediatamente después de la cárcel. Es el caso de otras escritoras argentinas, como Alicia Kozameh o Nora Strejilevich. ¿Pasó mucho tiempo antes de escribir *Un hilo rojo*? ¿Fue el exilio un obstáculo en el momento de escribir su primer libro? ¿Y ahora, cómo ve su propio exilio y la creación?

—Sí, pasó mucho tiempo. Fue una larga recuperación de la palabra. Había mucho dolor y, a veces, el dolor no deja fluir la palabra necesaria. Empecé a escribir la novela en papeles sueltos, tomaba notas, siempre escribía, pero recién en los noventa, pude sentarme y escribirla. Se publicó en 1998, cuatro años después de haberla terminado.

Mi exilio es ahora una extranjería elegida, un viaje continuado que me hace bien. Vuelvo siempre a Argentina, paso algunos meses y después me voy para verme mejor. Dicen que la *saudade* es una especie de estado del alma. Me gusta ser extranjera, o me he acostumbrado a serlo. No lo sé bien.

— *El exilio forzado es sinónimo de nostalgia, y cuando uno está lejos del país, puede idealizarlo o tener miedo al retorno. Para Ana, de Cuaderno de invierno, es difícil volver a la patria ¿Ya se preguntó si podría vivir en Argentina en la actualidad?*

—Me encanta Argentina, y claro que puedo vivir allá. Cuando voy me siento muy bien. No me he quedado quizás porque mis hijos están en España y necesito estar cerca de ellos.

— *Sus últimos textos son obras de teatro: El tripalio, Eso no es una caja de Pandora. ¿Qué representa el teatro en su obra literaria?*

—Cuando escribo teatro cambio de registro, me río mucho, me sitúo de otra manera en relación con las palabras. Me divierte y me permite jugar más con lo visual, incluir de alguna manera mis viejos vicios de pintora y escultora. Es un género que pone a prueba muchas cosas, porque es «palabra en acción».

— *¿Tiene otros proyectos literarios, políticos?*

—Muchos, escribo y deseo. Deseo y escribo. Mientras esto suceda, tengo proyectos que voy realizando. Ahora estoy por hacer una lectura dramatizada de mi última obra de teatro, *Esto no es una caja de Pandora*. Corrijo mis cuentos que se han publicado sueltos y quiero publicar juntos. Escribo textos políticos y teatro para las calles de Madrid, que están llenas de gente con ganas de hacer cosas. Estudio cada vez más, porque cada vez una se va dando cuenta de que sabe menos o quiere saber más. Y tengo ganas de pasar una larga temporada en América Latina, creo que será mi próximo puerto.

— *Como ya lo evocamos, una parte de sus libros se acerca a la memoria histórica de Argentina, en particular al Terrorismo de Estado y a la impunidad presente, ¿por qué no se publican sus libros en Hispanoamérica?*

—No lo sé. En Cuba, se ha publicado *Un hilo rojo*. En Argentina, algunos cuentos. El año próximo, se publicará en Cuba *La isla celeste*, una novela infantil. ¿Será porque debo estar allá y porque ya es tiempo de volver?

Artista completa y llena de energía creadora, Sara Rosenberg se posiciona ante los poderes que corrompen de manera resistente. Quizás vuelva a la Argentina para escribir desde otro lugar geográfico pero siempre escribirá desde el lugar de la no-víctima. Como lo decía Deleuze, «Crear es resistir», y añadimos que crear es en sí una victoria.

